

LOS GARABATOS

-Prácticamente toda la ciudad está llena de ellos: casas, locales comerciales, columnas, monumentos y últimamente se les ha ocurrido hacerlo también en las tumbas. Habrase visto mayor ultraje. No lo podemos permitir.

-En todas las ciudades del mundo hay graffitis no sólo aquí.

-Habrá en otros lados pero yo no voy a permitir que se afee tanto nuestra ciudad, con lo que me ha costado limpiarla, hacerla presentable. Día a día vienen más turistas.

-¿Y qué piensa hacer?

-Como mandatario que soy voy a exigir que a partir de este día nadie se atreva a rayar un solo centímetro más de paredes, pisos, torres, monumentos, edificios religiosos y por supuesto las tumbas que debe ser lo más sagrado para nosotros.

-¿Piensa que con sólo exigir van a obedecer?

-Claro que no, acaso me consideras un pendejo más. Ya con todos ustedes basta y sobra.

-Señor, no se enoje conmigo, yo no he hecho nada.

-Eso es, no has hecho nada por acabar con esta plaga, para eso te di el puesto.

-Mis hombres salen de noche para capturar a los que lo hacen pero no han logrado agarrar a ninguno. Se escabullen como peces en el agua.

-No me salgas con esos lugares comunes. “Se me escapó como pez en el agua”. ¡Nada que se escapó! Y si no puedes agarrarlo con las manos usa redes pero atrápalos.

-Lo haré, señor. Se lo prometo.

-Vas a poner en todas las calles, avenidas y edificios públicos un poster que diga que el que siga pintando esas cosas irá a la cárcel pero antes se les cortarán los dos dedos con los que pintan. Al que, a pesar de eso, reincida, se le aplicará la pena de muerte. ¡He dicho!

-¿No es demasiado? Con unos azotes bien dados...

- ¿Qué es lo que dije?

- Lo de los dedos y la pena de muerte.

- ¿Hablé de azotes?

- No

- Perdón.

- Cuando doy una orden quiero que se me obedezca. ¿Está claro?

- Sí.

- Una pregunta.

- Dime.

- No, mejor no.

- Ahora lo dices.

- Estamos luchando contra la suciedad en el piso y en las paredes. ¿Los posters que vamos a poner no hacen lo mismo?

- Contéstate tú mismo. Por lo pronto los pones.

- Como usted diga.

- Otra cosa. ¿Ya descifraron lo que dicen esos...¿cómo es que los llamas?

- Graffitis
- ¡Con una chingada! Ya nos estamos apochando.
- Así se llaman en todo el mundo.
- Y dale con eso. A mí no me interesa lo que se haga en el resto del mundo. ¿Entendiste?
- Sí, señor.
- Ahora contesta.
- ¿Qué cosa?
- Lo que te acabo de preguntar.
- Me preguntó que si entendí.
- Eres o te haces. ¡Eres! Te pregunté que si ya tradujeron esos garabatos.
- No, señor.
- ¿Por qué no?
- Por lo que acaba de decir, porque sólo son garabatos.
- ¿No se pueden borrar?
- Desgraciadamente no.
- ¡Malditos! Pero los mataré a todos.

Y no, el ministro y su ayudante nunca pudieron pescar a nadie de los que hacían estos garabatos y gracias a ello podemos conocer la historia de Egipto actualmente. El ministro no podía leer esos jeroglíficos. ¡Gracias al Dios Sol!

Tomás Urtusástegui

Octubre 2005